

En uno de estos viajes— julio de 1846— pilló un resfriado del cual le vino una fluxión violenta al pecho, y cuya enfermedad se agravó de suerte que acabó de arruinarle la salud.

Los médicos declararon perdida toda esperanza.

Una noche— estando á la muerte— el señor Borel, que le asistía, le dijo:— Don Bosco, pedid á Dios que os sane.

— Es necesario abandonarse á su santa voluntad.

— Pero ¿cómo dejar así á vuestros hijos? Yo en su nombre os suplico que pidáis á Dios la salud.

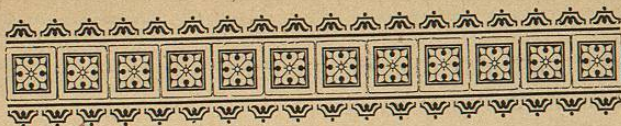
Entonces el enfermo, por complacer á su amigo, exclamó:— ¡Sí, Señor, si esto os agrada, haced que yo sane! *Non recuso laborem.*

El Sr. Borel ¡Victoria! dijo. Ahora curaréis; estoy seguro.

Y en efecto á la mañana siguiente Don Bosco principiaba á convalecer.

Conocióse entonces cuanto amor profesaban los hijos á su padre; á fin de obtener su curación, la mayor parte hicieron tales promesas que después Don Bosco necesitó interponer toda su autoridad para conmutarlas y suavizarlas.

Para reparar la salud y recobrar las fuerzas, el venerable Sacerdote debió retirarse por tres meses á *Becchi*; pero no podía allí permanecer tranquilo, como que su pensamiento estaba siempre con los niños, y así, apenas un tanto restablecido, regresó á su querido Valdocco.



EL ORATORIO

Desde que Don Bosco dejó la estancia concedida en el Refugio por la marquesa Barolo, resolvióse para evitar una lastimosa pérdida de tiempo, á vivir en el Oratorio, y con este objeto tomó alquiladas á Pinardi algunas pequeñas piezas contiguas á la capilla. Precicado á tener junto á sí una persona que cuidara de la casa llamó á su madre; y bien que el hijo procede de la madre, ahora, particularmente desde que este hijo fué revestido de la majestad del sacerdocio, parece en cierto modo la madre proceder del hijo. Margarita Bosco le veneraba tanto como le amaba, y conociendo por una verdadera iluminación la sublimidad de la obra que le absorbía, no temió abandonar el propio hogar y renunciar la pacífica vida del campo para ir á compartir el rudo trabajo en la familia de adopción con su hijo.

El 3 de noviembre de 1846 madre é hijo dejaban la aldea de *Becchi*. Ambos marchaban á pie con bastón en mano; el uno llevando su breviario bajo el brazo, la otra un canasto de provisiones. Las

pocas monedas que componían su caudal no pesaban mucho en el bolsillo.

Poco antes de llegar atravesando el *Rondó*, encontráronse con el sacerdote Don Vola, que más de una vez había amonestado á Don Bosco en las clases é instrucciones de catecismo.

—¿Hola amigo mío, adónde vas con tanto polvo y fatiga?

—Voy con mi madre á establecerme en el Oratorio.

— Pero tú no tienes un cargo ni recursos, ¿cómo podrás componértelas?

— No lo sé; Dios proveerá.

El sacerdote Vola se sintió conmovido.— No tengo sino mi reloj, le dijo; hazme el gusto de aceptarlo como primera cooperación á tu Obra.

Al día siguiente era vendido este reloj para principiar á proveer el indispensable menaje; pero como había además que pagar el alquiler y atender con urgencia á los niños que llegaban en suma pobreza, que á unos faltaba el vestido, y á otros el pan, Don Bosco vendió entonces una pequeña viña y algunos metros de tierra que componían todo su patrimonio; á la vez que Margarita se desprendió de sus joyas, recuerdos queridos del día de su desposorio.

A los trabajos de esta santa mujer pronto se asociaron otras, entre las cuales se distinguían la madre del ilustre Arzobispo de Turín. Imposible es expresar la caridad y abnegación con que esas

infatigables cooperadoras se consagraron á servir á los niños.

Así establecido el Oratorio (1847), Don Bosco continuó sin descanso en perfeccionar su Obra, haciendo un reglamento, verdadero modelo en su género, adoptado más tarde aún en muchas escuelas no salesianas. Escogió los alumnos más piadosos é inteligentes para que vigilaran sobre cierto número de compañeros, y puso todo empeño en formarlos bien á fin de que pudieran á su vez educar á los que les encomendaba. La conducta que debiera observarse en los oficios, en las clases y recreos fué minuciosamente reglamentada. Por fin, para estimular la piedad de los estudiantes, formó una *Congregación de San Luis Gonzaga*, á quien les proponía por modelo en todas circunstancias de la vida. Dignóse el Arzobispo de Turín aprobar esta Congregación; y para manifestar cuanto apreciaba los trabajos de Don Bosco, el 29 de junio del 1847, fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo, administró la confirmación á los niños en la capilla misma del Oratorio de Valdocco.

Dióse á esta ceremonia la posible solemnidad: la puerta de la capilla ostentaba un hermoso arco; colgaduras, festones y flores encubrían en parte la pobreza del interior; pero lo que no pudo remediarse fué la reducida altura. Al hacer el Ilustrísimo Sr. Franzoni una exhortación á los chicos ocurrió un curioso episodio: Habiéndose según el rito eclesiástico, colocado al lado del altar una silla episcopal, cuando su Ilustrísima llegó allí se sonrió

al advertir que con la mitra tocaba al techo, y en voz baja dijo: «Es menester guardar respeto á estos niños y hablarles á cabeza descubierta.» El Arzobispo jamás se olvidó de este suceso; se complacía en referirlo á menudo y animando á Don Bosco á edificar una grande iglesia, le decía: Procure hacerla bastante alta á fin de que cuando yo predique en ella no necesite quitarme la mitra.»

Todo esto no bastaba al sacerdote, cuya ternura y vigilancia eran superiores á las de un padre de familia. Oprímasele el corazón al ver no pocos niños sin asilo, en extrema miseria y constante peligro; y así para albergarlos consiguió un pajar vecino al Oratorio é hizo colocar allí un poco de paja, algunas mantas y unos sacos que formaban delicioso lecho á aquellos infelices. Este dormitorio provisional prestaba excelentes servicios; pero no pasaron muchos días sin que, cuando tanto se afanaba Don Bosco en proveerlo, lo viera desmantelado. Todo fué bien mientras se limitó á recibir á los muchachos que asistían al Oratorio; mas una tarde, movido de caridad, habiendo dado hospedaje á una porción de pequeños vagabundos con la esperanza de atraerlos al bien, el resultado fué que, yendo á saludarlos en la mañana siguiente, se encontró el cuarto vacío: no había uno solo, ni quedaba una manta, ni un saco; todo había desaparecido.

Esta aventura, en vez de hacerle perder ánimo, avivó su compasión y piedad. A poco se le presentó un pobre huérfano á quien, pues llegaba en el

Mes de María, sin duda la divina Madre le protegía. Dicho huérfano, aprendiz de albañil, había venido á Turín á buscar trabajo; gastados los pocos cuartos que traía, llegaba al Oratorio, puesto ya el sol, sin un céntimo en el bolsillo y completamente empapado por la lluvia que caía á torrentes. Margarita secóle la ropa, avivó el fuego, le dió de comer y, por fin, en medio de la cocina, sobre un jergón, le arregló una cama donde durmió aquella noche más contento que un rey.

Ese protegido de Margarita fué el primer interno del Oratorio; luego vino un segundo, después un tercero, sino que cuando llegaron á siete, la estrechez del local no permitió aumentar el número.

Entre tanto en las reuniones del domingo se contaban cerca de ochocientos, de manera que como la capilla y el patio de recreo ya no podían contenerlos, Don Bosco y su fiel compañero y amigo, el señor Borel, pensaron que era llegada la hora de formar un segundo Oratorio, y aprobada la idea por el Prelado se puso manos á la obra, alquilando un conveniente local donde actualmente se alza la iglesia y el instituto de San Juan Evangelista, en la calle de Víctor Manuel II.

Tal paraje era excelente como que podía allí hacerse mucho bien á los vecinos y atraerse á los niños que en gran número había. *Oratorio de San Luis* fué el nombre que recibió esta nueva casa, tanto en memoria de la Congregación recientemente fundada por Don Bosco como para honrar el nombre del ilustre Arzobispo de Turín. Muchas

fueron las personas que la favorecieron: así los *Cooperadores y Cooperadoras Salesianos* comenzaron á prestar su ayuda antes de haberse organizado en bien reglamentada y admirable institución; lo prueba evidentemente su utilidad. Los ornamentos y objetos de iglesia fueron bordados casi todos por señoras que tenían gran satisfacción en ofrecerlos de regalo.

El Oratorio de San Luis abrióse solemnemente el 8 de diciembre de 1847. Era este día un aniversario memorable: el 8 de diciembre de 1841 había Don Bosco recogido el primer niño; el 8 de diciembre de 1844 había inaugurado el *Oratorio de San Francisco de Sales* en la propiedad de la marquesa Barolo; tres años después, el 8 de diciembre de 1847, se celebraba misa en el *Oratorio de San Luis*. Bien se ve cuanto había progresado la Obra en tan corto tiempo, y aunque las dos casas establecidas estaban puestas con suma pobreza, eran muy ricas á los ojos de Dios, pues ochocientos niños escuchaban la palabra divina: ¡hé ahí su maravilloso tesoro!

El clero de Turín, alentado por su digno Arzobispo, no tardó en prestar auxilio al nuevo establecimiento; varios eclesiásticos aceptaron diversos cargos en él, ya de capellanes, ya de profesores hasta que el Oratorio de San Francisco de Sales pudo proporcionar sacerdotes educados en su seno, que tomaron la dirección de la casa.

Don Bosco trabajaba activamente en el Oratorio; empeñábase en dar hospedaje y alimento á muchos

niños que á duras penas se proporcionaban el pan cotidiano y para quienes era muy difícil la asistencia á las instrucciones. Como no era posible comprar la casa de Pinardi, pues el dueño pedía ochenta mil francos, Don Bosco, sin recursos para tanto, se limitó á alquilar todas las piezas que quedaban disponibles, á medida que se iban retirando los antiguos arrendatarios.

Llegado el año 1848, surgieron grandes dificultades; los espíritus hallábanse en extremo excitados, las ideas revolucionarias trastornaban muchas cabezas, y no todos los estudiantes escaparon de semejante influencia: algunos desaparecieron, otros se mostraron menos asistentes y dóciles.

Redobló Don Bosco sus esfuerzos, y, á fin de retener á los niños, creyó que nada era tan conveniente como ocuparse con el mayor esmero en instruirlos, para cuyo fin procuró ensanchar notablemente las escuelas, y así pudo recibir en las clases nocturnas cerca de trescientos jóvenes. Con verdaderos prodigios de industria llegó á establecer en el Oratorio quince pensionistas á quienes mantenía y alojaba. Mientras Margarita parecía multiplicarse para trabajar en la cocina y en los pequeños detalles de la casa, Don Bosco acarreaba el agua, barría, cortaba la leña, encendía el fuego, desgranaba las judías, pelaba las patatas y aun á veces guisaba la menestra, que era entonces especialmente celebrada como exquisita.

Cortar y coser un pantalón no era para él una dificultad, como tampoco remendar trajes de los

niños; las costuras no eran, por cierto, modelo de elegancia, pero sí de notable solidez.

El refectorio era sui géneris, que cada uno se sentaba donde podía y como podía: unos en el patio sobre una piedra ó madero, otros en los peldaños de la escalera. Las fuentes se vaciaban como por encanto.

Había al lado un manantial de agua fresca. Era ésta su bebida no menos saludable que abundante.

Terminada la comida, cada uno lavaba su plato y lo guardaba en lugar seguro, y en cuanto á la cuchara, era objeto tan precioso, que, á falta de un aparador, se metía en el bolsillo.

Humilde era aquel sitio, pero grande la expansión y alegría. Después del *Benedicite*, Don Bosco tenía costumbre de decir á sus convidados: « Buen apetito; » recomendación que era siempre aclamada entre risas y aplausos.

La mesa de Don Bosco no era superior á la de los niños: pan y sopa, sopa y pan era su alimento ordinario, de modo que más de una vez los eclesiásticos que le auxiliaban en sus trabajos, no acostumbrados á tan primitivo sustento, rehusaban la invitación á comer.

A más del tiempo que consagraba á su querido Oratorio, Don Bosco encontraba medio de hacer en la ciudad clases particulares á jóvenes pobres en quienes había reconocido especiales aptitudes para el estudio ó una vocación decidida al estado eclesiástico, y luego con su excelente método y su inagotable paciencia, pronto conseguía admirables resultados.

Tampoco olvidaba visitar las cárceles, el hospital de Cottolengo, oír de confesión, etc., esmerábase sobre todo en perfeccionar y dar mayor incremento á las clases de la tarde cuya utilidad era manifiesta.

Por otra parte dió grande impulso al estudio de la música instrumental y vocal, atendido que la argentina y poderosa voz de algunos niños, la perfección en el canto atraían la afición de aquellas gentes en las cuales parece innato el sentimiento del arte, lo que era un atractivo más con que crecía el número de los protegidos. Muchos jóvenes profesores y organistas han formado y cultivado su talento en esa escuela. La maestría en la música es ya como un distintivo de las casas salesianas, como que apenas se abre una escuela llega á ella un organista, que por lo general educado en tal instituto, perfecciona sus aptitudes dando lecciones y sirviendo en los divinos oficios de la Iglesia.

En verdad la música ayuda eficazmente á la cultura intelectual y moral, y ameniza y realza las ceremonias en las iglesias y capillas.

En lo tocante á las clases nocturnas, el éxito alcanzó á tal punto que, en recompensa, la Municipalidad de Turín concedió á Don Bosco un premio de seis mil francos, y después otro, por la música, de mil francos, á lo cual añadió una subvención anual que siguió dispensando hasta el año de 1872.

Algunos párrocos de Turín, como en otra oca

sión se ha dicho, no miraban con simpatía esta Obra, pues les parecía que con las primeras comuniones, confirmaciones, etc., que en ella se hacían entraba en el dominio que pertenece á las parroquias, y en consecuencia expusieron una queja al Arzobispo; pero el diocesano, que jamás había dejado de dispensar ayuda á Don Bosco, confirióle regularmente todos los poderes, de modo que el Oratorio, según la expresión del Prelado, fué la *Parroquia de los niños vagabundos*.

Difícilmente se comprenderá que este pobre sacerdote, tan admirable en su apostólica carrera, haya sido perseguido por el odio de las sectas, con lo cual más se asemeja á San Francisco de Sales. No pueden realmente explicarse, sino como acción diabólica, las reiteradas tentativas hechas para asesinarle. Ya veremos cómo escapó á veces maravillosamente de tales atentados.

En 1849 no se calmaba todavía el espíritu de revuelta, por cuyo motivo aumentando Don Bosco su trabajo fundó en Turín, en el barrio de Vanchiglia, sumamente pobre y falto de iglesia, un tercer Oratorio llamado *del Angel de la Guarda*, junto al cual se edificó más tarde, á expensas de la marquesa Julia de Barolo, la iglesia parroquial de *Santa Julia*.

Un año hacía que Italia había empeñado guerra con Austria. Posesionado el Gobierno de varios seminarios para alojar las tropas los seminaristas viéronse en la necesidad de salir. Don Bosco recogió al punto cuantos pudo, esto es, hasta unos

treinta pensionistas. Tuvo entonces (2 de febrero de 1851) vivo placer en vestir las sotanas á cuatro de los niños del Oratorio, primeros clérigos del Instituto de San Francisco de Sales, que debía tomar rápido y maravilloso vuelo.

Desde el año de 1846, Don Bosco era arrendatario primero de una parte y después de toda la casa de Pinardi; mas á principios de 1851, de un modo inesperado, adquirió la propiedad.

Pinardi había á menudo repetido que no la vendería por menos de ochenta mil francos, cuyo precio era sin duda exagerado; mas un día llega á Don Bosco, y amistosamente le dice:

— Y bien, Don Bosco, ¿no quiere Ud. comprar mi casa?

— Don Bosco la comprará cuando el señor Pinardi quiera cedérsela á precio razonable.

— Yo pido ochenta mil francos.

— Así no hay para que hablar.

— ¿Cuánto ofrece Ud.?

— Este edificio es estimado en veintiseis á veintiocho mil francos; yo ofrezco treinta mil.

— ¿Hará un regalo de quinientos francos de alfileres á mi mujer?

— Haré el regalo.

— ¿Pagará Ud. al contado?

— Pagaré al contado.

— ¿Todo de una vez, dentro de quince días?

— Como Ud. guste.

— ¿Cien mil francos el que se desdiga?

— Sea; cien mil francos quien se desdiga.

Ambos se dan la mano y el convenio queda hecho: habían bastado cinco minutos.

Don Bosco no tenía ni el primer escudo de tal suma; pero, como se trataba de los niños, su confianza era absoluta.

Y en efecto no bien se retira Pinardi cuando entra Don Cafasso llevándole diez mil francos, generosa ofrenda de la condesa Casazza Ricardi.

Al día siguiente un padre Rosminiano se presentaba á Don Bosco para consultarle sobre la colocación de veinte mil francos, cuya inversión le había sido confiada. Nada más sencillo. El banquero Cotta añadió tres mil francos para el resto, y de esta forma la casa de Pinardi fué comprada y pagada el 19 de febrero de 1851.

Don Bosco pensó luego en edificar una iglesia en honor de san Francisco de Sales. La capilla improvisada se hallaba á nivel más bajo que el suelo; era por esto excesivamente húmeda, faltábale ventilación, y más de una vez durante los oficios los niños se habían sentido sofocados.

El ingeniero Blachier levantó un plano, y sin pérdida de tiempo, se echaron los cimientos, que si la escasez de recursos era siempre absoluta, siempre era visible la intervención de la Providencia. Una inesperada subvención de Víctor Manuel, crecidas limosnas y una lotería completaron los fondos necesarios.

El 20 de junio de 1852, la iglesia de S. Francisco de Sales fué bendecida solemnemente.

Recordáronse entonces ciertas palabras de Don

Bosco á que antes no se había dado importancia y cuya realización fué singular:

En 1846, cuando se rebajaba el suelo del cobertizo de Valdocco para establecer una capilla, entreteníanse un día los niños en subir sobre la tierra que, sacada de allí, estaba amontonada. Era un domingo. Don Bosco subió á su vez sobre el montón de tierra y dirigiéndose á los niños que se agrupaban á su alrededor, les dijo: *Sabed que un día en este mismo lugar se erigirá el altar de una iglesia, á donde vendréis vosotros á recibir la santa Comunión y cantar alabanzas al Señor.*

Pues bien, hoy en día el altar de la iglesia de San Francisco de Sales se encuentra en el mismo lugar designado por el siervo de Dios.

Elevado un templo al Señor, ocupóse Don Bosco en la casa de los niños, como que era llegado el tiempo de recogerlos y apartarlos enteramente de los peligros á que en las calles se hallaban expuestos.

Comenzóse luego la obra, é importantes construcciones rodeaban ya la capilla; mas este Oratorio, que debía refugiar á tantas almas inocentes, ávidas de perfección y santidad, antes de terminado, hubo de sufrir todavía aún materialmente grandes pruebas.

El 26 de abril de 1852 ocurrió la terrible explosión de un polvorín, á quinientos metros del Oratorio, el cual pudo haber sido enteramente destruído; varios muros se abrieron con el movi-

miento y no se explica cómo la iglesia, que estaba casi terminada, quedó aún en pie.

Se repararon los daños y se empezó el edificio de que se ha hecho mención. Estaba ya muy adelantada esta obra; puestas las crujías, sólo faltaban las tejas, cuando, sobreviniendo lluvias torrenciales, en la noche del 2 al 3 de diciembre, embebidos en agua los muros, cayeron con espantoso ruido. Como cuando ocurrió la explosión de la pólvora, ninguno fué herido.

A la mañana siguiente llegaba allí una comisión del Municipio. El arquitecto examinando atónito una enorme pilastra que desquiciada en la base, apenas se sostenía:

— ¿Esta casa estaba ocupada anoche? preguntó.

— Yo dormía en ella con treinta niños, respondió Don Bosco.

— Podéis entonces dar gracias á Dios: esta pilastra se mantiene en pie de un modo verdaderamente incomprensible; es una maravilla que no hayáis perecido todos.

Al año siguiente se rehizo y terminó dicha construcción.

En 1860, época en que el Oratorio estuvo quizá más amenazado que nunca, Don Bosco no tuvo dificultad en adquirir una gran casa con la que aquel se dobló en extensión.

El 15 de mayo de 1861 cayó allí un rayo. Siendo ése el mes consagrado á María, los niños antes de acostarse acostumbraban rezar algunas oraciones especiales para honrar á la Reina del Cielo; y

¡cosa singular! el 14 el clérigo Juan Bonetti hizo recitar aún tres *Avemarías* á fin de que la Virgen Santísima los librara de toda desgracia, invocación que por el momento produjo cierta extrañeza en los niños; pero cuya oportunidad y eficacia conocieron á la una de la noche, porque en efecto á esa hora el dormitorio repentinamente alumbrado con vivísima luz quedó luego en completa oscuridad, y al punto mismo se sintió un trueno formidable y un estremecimiento tan fuerte que parecía iba á aterrar la casa. El rayo, destrozando el techo de un dormitorio, cayó sobre algunos niños á los cuales sepultó entre los escombros. Fácil es imaginar los lamentos, los gemidos y la confusión originados y que á consecuencia de la oscuridad llenaban de mayor angustia los ánimos.

El rayo había entrado por el cañón de la estufa correspondiente á la alcoba de Don Bosco, á quien levantándole y removiéndole en el lecho le hizo caer en tierra.

Corrió el buen Padre en socorro de sus hijos; ayudóles á salir del peligro, y todos se salvaron sin que tuviera que lamentarse ni un golpe ó herida de consecuencia.

Añadiéronse otros edificios en 1862 y 1863; y por fin el Oratorio de San Francisco de Sales se completó con la erección de una magnífica iglesia dedicada á María Auxiliadora. Puesta la primera piedra en 1865, quedó concluída en 1868.

La historia del Oratorio publicase con curiosísimos detalles en el *Boletín Salesiano*, del cual tomamos gran parte de lo que aquí referimos.